

banquete preparado en su cocina, pues de nada se precian tanto los reyes de China como de recibir y tratar bien á los extranjeros, cosa que pudimos apreciar el padre Buglio y yo en dos años que estuvimos alojados en la hostería real.”

El emperador Kang-hi recompensó á los misioneros Gerbillon, Fontaney y Bouvet, que lo habían asistido en una enfermedad, construyéndoles una iglesia y dándoles una casa en el recinto del palacio,¹ y á la muerte de los jesuitas Adam y Magaillans, Kang-hi deslumbró á los misioneros y á la corte por la pompa y la riqueza de los funerales que les decretó. En el entierro de Magaillans un *elogio del emperador* escrito en raso amarillo precedía á la comitiva, rodeado de mandarines y señores de la corte y es-

¹ L. de Rosny, *Variétés Orientales*, pág. 271, 3ª ed., París, 1872.

coltado por la tropa y veinticuatro trompetas. Ese *elogio*, dictado por el emperador mismo, decía : “ Acabo de saber que Nganuen-fu (nombre chino del padre Magaillans) ha muerto de enfermedad : Yo le hago este elogio en consideración á que en tiempo de mi padre, primer Emperador de nuestra familia, ese misionero por sus invenciones ingeniosas contentó el genio y el gusto de mi padre, y á que después cuidó de conservarlas con una diligencia extrema y más allá de sus fuerzas ; pero todavía más en atención á que vino de tan lejos y del otro lado del mar para permanecer, como lo ha hecho, varios años en China. Era un hombre verdaderamente sincero y de un sólido espíritu, como lo probó en todo el curso de su vida. Yo esperaba que su enfermedad podría vencerse con los remedios, pero frustrando mis esperanzas se ha alejado de noso-

tros para siempre con gran pena y sensible desagrado de mi corazón. Por estas razones, y para hacer conocer mi designio de no olvidar jamás á vasallos venidos de tan lejos, le hago don de doscientos escudos y de diez grandes piezas de damasco.”¹

El mismo emperador Kang-hi aprobó el 22 de marzo de 1692 un edicto autorizando el cristianismo. Ese edicto, propuesto por el *Tribunal de Ritos*, registrado en dos mil tribunales y promulgado en todo el imperio, dice :

“ Yo, vuestro súbdito, Ku-pa-tai, primer Presidente del Tribunal soberano de Ritos y jefe de otros varios tribunales, presento respetuosamente esta demanda á Vuestra Majestad, obedeciendo sus órdenes con sumisión.

¹ *Nouvelle Relation de la Chine*, pág. 381.

“ Yo y mis asesores hemos deliberado sobre el asunto que Vuestra Majestad nos ha comunicado, y hemos venido en conocimiento de que esos europeos han atravesado vastos mares y venido de las extremidades de la tierra, atraídos por vuestra sabiduría y esa incomparable virtud que seduce á todos los pueblos y los mantiene en el deber. Ellos desempeñan actualmente la intendencia de la astronomía y del tribunal de las matemáticas ; ellos se han dedicado con diligencia á construir máquinas de guerra y á hacer fundir cañones que han servido en las últimas guerras civiles. Cuando se les envió á Nip-chu con nuestros embajadores para tratar de la paz con los moscovitas, encontraron los medios de que esa negociación se terminara con buen éxito. En fin, ellos han prestado grandes servicios al imperio.

“A los europeos que se hallan en las provincias nunca se les ha acusado de hacer ningún mal ni de cometer ningún desorden. La doctrina que enseñan no es mala ni capaz de pervertir al pueblo y alterar el orden.

“A nadie se le impide concurrir á los templos de los lamas, de los bonzos, de los tao-ssé, y se prohíbe ir á las iglesias de los europeos que no hacen nada contrario á las leyes : esto no parece razonable. Es necesario, pues, que todas las iglesias del imperio vuelvan al estado que antes guardaban, permitiendo que todos vayan á adorar á Dios sin inquietar á nadie de aqui en adelante.

“Esto expuesto, esperamos la orden de Vuestra Majestad para hacer ejecutar este edicto en toda la extensión del imperio.

“Hecho por los miembros del Tribunal

en cuerpo, el 3^{er} dia de la 2^a luna del año 31^o del reinado de Kang-hi,”¹

Kang-hi ha sido comparado á Luis XIV, su contemporáneo ; pero, ¡qué contraste entre la revocación del edicto de Nantes y el edicto del emperador chino ; entre el gran rey de occidente persiguiendo á sangre y fuego la conversión de sus súbditos, y el soberano de oriente dando libertad á las iglesias de su imperio !

La muchedumbre de extranjeros que poblaba las ciudades y recorría el país se explica por esta tolerancia y el atractivo de una hospitalidad ejemplar, y en ella los chinos constantemente hallaron maestros y eficaces auxiliares. La primera misión en-

¹ V. *Histoire de l'Edit de l'Empereur de la Chine en faveur de la religion chrétienne* par le P. Le Gobien, París, 1698 ; *Histoire de la Chine* par le P. de Mailla, tom. XI, pág. 163, y *Description de la Chine* par du Halde, tom. III, pág. 137, La Haya, 1736.

cargada de anudar relaciones con el imperio romano, la confió el emperador Ta-ti en el año 230 de nuestra era al asirio Ts-in-lun. La orfebrería, según el monje flamenco Guillermo de Ruysbroeck, enviado de San Luis, la conocieron los tártaros en 1251 gracias al parisiense Guillermo Boucher, orfebre del gran kan. En 1265 Kubilai, nieto de Gengis-kan¹ y fundador de la vigésima dinastía china, envió como embajadores al papa Gregorio X y á las cortes del rey de Francia y de otros príncipes de la cristiandad á Nicolás y á Mateo Polo, padre y tío del famoso Marco Polo, y la embajada de los hermanos venecianos llegó á sus fines aunando los esfuerzos de San Luis

¹ En el Japón se cree que Gengis-kan era Minamoto Yoshitsune, héroe legendario de la edad media japonesa que de la isla de Yeso pasó á Manchuria. V. *The Identity of the great conqueror Genghis khan with the japanese hero Yoshitsune* by K. Suyematz.

y de Kubilai contra los sarracenos. El papa Juan XXI y el sucesor de San Luis, Felipe III, recibieron en 1276 á dos cristianos de Georgia como embajadores del kan Abaga, y Marco Polo, embajador, asesor del consejo privado y gobernador de Yantcheu, facilitó á Kubilai la conquista de la China meridional enseñándole el arte de cercar y destruir las plazas fuertes, preservó á la civilización de un gran peligro impidiendo la unión de los mahometanos con los descendientes de Gengis-kan, é inflamando el genio de Colón y despertando la emulación en Vasco de Gama con el relato de sus increíbles aventuras, contribuyó á la gloria del siglo XV.¹

¹ V. G. Pauthier, *Livre de Marco Polo, citoyen de Venise, conseiller privé et commissaire impérial de Khoubilai-Khan*; E. Fraissinet, *Le Japon*, tom. I, cap. II; A. Montémont, *Bibliothèque Universelle des Voyages*, tom. XXXI, págs. 33 á 51; Rohrbacher, *Histoire Universelle*

Kubilai, que ha sido “uno de los más grandes y más afortunados príncipes que han existido, sólo empleó á extranjeros como ministros y jamás figuró un chino en su gabinete.”¹ “La falta de confianza en los naturales, hacía que el gran kan pusiera toda la autoridad en manos de tártaros, sarracenos ó cristianos, extranjeros en el Cathay.”² Entre ellos, el sarraceno Achmach gobernó soberanamente la China durante los veinte y dos años que fué primer ministro.

El espíritu sagaz y tolerante de los misioneros jesuitas no se limitó á la predicación y á la enseñanza, y el sentido práctico de

de l'Eglise Catholique, tom VIII, pág. 248 y L. F. Guérin, *Dictionnaire de l'Histoire de l'Eglise*, tom. V, págs. 650 y 651.

¹ V. *Histoire de la Chine* par le P. de Mailla, tom. IX, págs. 459 y 460.

² H. Yule, *The Book of Ser Marco Polo, the Venetian*, tom. I, pág. 494.

los chinos pronto descubrió las ventajas de retener entre ellos á hombres capaces de iniciarlos en las fórmulas y procedimientos de las ciencias y artes europeas. Así, desde principios del siglo XVII comenzó á sentirse en China la influencia de los religiosos de la compañía de Jesús, empleados desde entonces en misiones políticas importantes, en la intendencia de la astronomía, en la presidencia de los tribunales y en la dirección de los talleres del palacio imperial, que en sus veinte y siete departamentos comprendían todas las artes é industrias del imperio. De esos religiosos, Mateo Ricci (*Li-Ma-teu*), escribió quince de los quinientos volúmenes publicados en chino por los misioneros. Sus obras figuran, con las de los jesuitas Diego de Pantoja y Fernando Verbiest, en la gran colección de clásicos chinos; los sabios lo citan como á uno de sus

más famosos doctores, los letrados lo leen para formarse el estilo, y el pueblo, que aun lo venera como un prodigio de ciencia y de virtud, cree que Ricci es el Confucio de los europeos. Terencio corrigió el calendario. Schall (*Tanjauang*), consejero del emperador Chun-ti, salvó al país de una invasión de los tártaros dirigiendo la fundición de cañones. Verbiest (*Nanhoai-jin*), sucedió á Schall en todos sus cargos, presidió el tribunal de las matemáticas, redactó las efemérides del imperio y aplicó en el observatorio imperial los métodos de la astronomía europea. Bouvet (*Pe-tsing-ming*) enseñó las ciencias exactas al emperador Kang-hi. Gherardini y Belleville pintaron retratos y miniaturas para la corte. Attirer fué pintor del emperador Kieng-Long, que lo hizo mandarín. Pereira y Gerbillon formaron parte de la comisión que fijó los límites con

Rusia. Castiglione, favorito de dos emperadores, dirigió varias construcciones y pintó, ayudado por Attirer, cuatro grandes alegorías en el mismo palacio imperial que dos siglos antes había decorado el pintor japonés Jessui. Regis, Jartoux, Fridelli, Cardoso, Maillac, Henderer, Bonjour y de Mailla levantaron el mapa del imperio. Gaubil rectificó la astronomía china y durante treinta años fué intérprete de la corte, y Benoît introdujo el telescopio y la máquina neumática, dió á conocer el grabado, y en el palacio de verano trazó un parque y ejecutó trabajos hidráulicos semejantes á los de Versalles.

El cristianismo que en el siglo VI ya había penetrado en China con los religiosos de la iglesia nestoriana hubiera triunfado, pues, con esos grandes misioneros que once siglos más tarde trataron de establecerlo

definitivamente, si con ellos no se hubieran también transportado al Asia todas las querellas de la intolerancia escolástica y religiosa que agitaban á la Europa. La extrema tolerancia de los chinos, su filosofía y sus costumbres, la analogía entre sus tradiciones y las tradiciones cristianas aseguraban á la religión de Cristo, por lo menos, la misma libertad que aun hoy disfrutan los sectarios de Mahoma, de Buda y de Lao-tsé, aumentada por la influencia personal de los sabios jesuitas que desde el siglo XVII comenzaron á ganar la confianza de los emperadores ; pero las disputas provocadas por los dominicanos, disputas que indispusieron á los chinos contra una religión sujeta á desacuerdos entre sus mismos propagadores, y el temor que inspiraban las conquistas de los europeos en las regiones vecinas, acabaron por proscribir de China al Verbo y

á sus apóstoles.

Por constantes que sean los chinos en sus sentimientos y costumbres, cuatro siglos de perennes agresiones no podían dejarlos perseverar indiferentes en sus antiguos hábitos de patriarcal hospitalidad. No satisfechos con la posesión de la India, de Java, de Formosa, de Malaca, de las Molucas, de Filipinas y las Marianas, que amenazaban á la China y descubrían las intenciones hostiles y el espíritu batallador de los occidentales, en 1518 los portugueses atacaban sin motivo á las poblaciones de la costa para establecerse en Amoy, Ning-pó y Macao y entregarse al libertinaje y á la piratería ; en 1622 los holandeses, con diez y siete buques de guerra, procuraban adueñarse de Macao y se apoderaban por fin de Formosa y los Pescadores ; y en 1637 el inglés Widdell intentaba abrir relaciones comerciales

bombardeando los fuertes é incendiando las ciudades y los campos. La China había estado siempre abierta, sin embargo, á todos los viajeros y negociantes, y los emperadores se complacían en mostrarles una solicitud inusitada en otras partes: Kubilai vivió rodeado de extranjeros y Kang-hi autorizó espontáneamente el cristianismo. Pero esos extranjeros, pacíficos y sumisos á las leyes, sólo ambicionaban propagar sus creencias ú obtener un lucro ó medro razonable en cambio de servicios tales que ni las sangrientas tentativas de los siglos XVI y XVII, ni la frecuencia de los ataques, la exorbitancia de las pretensiones y la injusticia de las guerras posteriores han bastado á oscurecer la razón y á extinguir del todo la virtud de la hospitalidad en el alma de los chinos. Un burgomaestre de Middelbourg, el holandés Hudde, figuraba entre

los koans de letras mientras sus antiguos compatriotas hostilizaban al celeste imperio;¹ el angloamericano Anson Burlingame en 1870 recorría la Europa como embajador de China en los pueblos de Occidente; monseñor Favier recibía en 1898 el botón rojo de primera clase, “por haber predicado la religión católica en el norte de la China y tratado los asuntos religiosos durante largos años;” y hoy todavía el belga Splingaert y el francés Vapereau son mandarines, sin que el recto juicio de los chinos los haya nunca confundido con esos otros extranjeros ávidos y turbulentos, que provocan los agravios para exajerarlos después y lanzarse, con gran aparato de armas y soldados, á la expoliación y á la conquista.

¹ Por estas expresiones: *emperador celeste, imperio celeste*, etc. los chinos entienden *emperador ó imperio por el favor del cielo ó por la gracia de Dios*. S. de Mas, *La Chine et les Puissances Chrétiennes*.